

La Aurora.

PERIODICO SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Un justo tributo á la memoria del héroe aragonés del siglo XVIII.



Si la admiracion que nos causa el recuerdo de aquellos grandes hombres que han ilustrado con sus luces la especie humana, es el tributo que pagamos necesariamente á sus talentos, cuando somos capaces de conocer su mérito: si por esta causa no pueden oirse sin entusiasmo los nombres de Galileo, Descarttes, Leibnitz y Newton, cuya existencia ha sido el principal móvil de los progresos de las ciencias ¿qué sensacion mas dulce no experimenta el alma con el de aquellos seres privilegiados, que aprovechándose de los adelantos de estas, y llenos de un talento superior y de un magnánimo y filantrópico corazón, reduciendo á práctica ideas tan sublimes, conciben el gaudio de pensar de labrar con ellas la felicidad de su patria? Tal fué el que volcanizó en el pecho del aragonés D. Ramon Pignatelli.

Ansiaba Zaragoza el momento de ver concluido el proyecto del Canal de riego, que en 1529 habia empezado á construir el emperador Carlos I de Aragon y Castilla y V de Alemania, tomando el agua del caudaloso Ebro á una legua mas abajo de Tudela y de cuyo beneficio disfrutaron los pueblos de Fustiñana, Rivaforada, Buñuel, Córtes y Señorío de Mora en el reino de Navarra, y en el nuestro los de Mallen, Gallur, Novillas, Boquiñeni, Pedrola y Grisen, territorio de Oitura y los términos de Peraman, Pinseque y parte del de Zaragoza llamado Garrapinillos; y aunque estaba determinado regase los lianos de esta ciudad, siguiendo por el Burgo hasta la villa de Fuentes de Ebro, motivos, que dejaremos á los críticos ociosos averiguar,

impidieron se llevase á cabo tan ventajosa idea. En vano los reyes Felipe II y Felipe IV comisionaron á sus ingenieros, poniéndose estos de acuerdo con los jurados de Zaragoza: en vano en el reinado de Felipe V se concibió el sublime pensamiento de reunir en el Canal los dos objetos de riego y navegacion; pues parece que esta gloria estaba únicamente reservada para aumentar la del padre de sus vasallos, del protector de las artes y las ciencias, en una palabra del grande Carlos III.

Apenas entró á reinar para bien de nuestra patria dirigió cuidadosamente su atencion al Canal Imperial, y admitiendo las proposiciones del comisario de guerra D. Agustin Badin, de su hijo D. Luis Miguel y compañía, quiénes se obligaban en virtud del dictamen de los ingenieros franceses Bellecare y Bieus á verificar en el término de ocho años, aunque con algunas variaciones, el proyecto formado en el reinado de Felipe V por los ingenieros Lana y Rodolfi; les cedió S. M. entre otras gracias, el producto de esta empresa por espacio de 40 años, segun Real cédula de 28 de Febrero de 1768. La compañía dió principio á aquella construyendo en 1770 una presa y casa de compuertas mas arriba de la antigua de Carlos V, y como á media legua de Tudela en su parte superior. Pero bien pronto, fuese por la mala administracion de caudales ó lo que es mas cierto por la poca inteligencia en la direccion de las obras, á pesar de haberse unido á los ya citados ingenieros franceses el holandés D. Cornelio Juan Krayenhoff, viéronse estos en el vergonzoso estado de no poder cumplir sus exageradas promesas.

Hallábase entonces en esta ciudad un zaragozano, uno de aquellos genios que nacen de tarde en tarde para honor de su siglo y

gloria de su nativo suelo, que reunía á un talento y una ilustracion poco comunes un corazon mayor todavia que las grandes cualidades con que pródiga la naturaleza le habia dotado. Su desinterés, su amor al bien público, sus conocimientos artisticos y literarios habiáanse ya desplegado y captádole la admiracion y el afecto de sus conciudadanos; y si la Grandeza de España se envanece con este digno hijo de la antigua casa de los Condes de Fuentes; Zaragoza se vanagloriara siempre de haber sido la cuna de D. Ramon Pignatelli. Sus padres D. Antonio Pignatelli, Príncipe del S. R. I. y Doña María Francisca de Moncayo, reconociendo en él una disposicion admirable para el estudio de las ciencias, enviaronle al Colegio Clementino de la capital del mundo cristiano en 1746, donde tuvo lugar de desarrollarse desde los doce hasta los veinte años de su edad aquel ingenio extraordinario, aquella alma grande, tan eterna como el nombre del individuo cuyo gigantesco cuerpo animaba.

Ocioso seria referir los diferentes estudios á que se dedicó en estos ocho años, cuando lo están publicando con silenciosa y convincente elocuencia esos numerosos escritos que trazó su bien cortada pluma; ya para demostrar las utilidades de las sociedades económicas de Amigos del Pais y los diferentes ramos de instruccion que estas deben promover; bien sea en las memorias sobre la dignidad y escelencia de las tres nobles artes, sobre la agricultura, sobre el comercio y otras: ese escudo de armas que tan felizmente supo combinar para la Sociedad Aragonesa: esas comisiones difíciles que desempeñó: esos pleitos que con sus luces y talento ganó cuando fué á la córte de Madrid á su vuelta de Roma, despues de haber sido agraciado por Benedicto XIV con una canongía en la metropolitana de Zaragoza; y tantas otras pruebas nada equívocas de sus vastos conoeimientos. Esta Universidad literaria que en 1755 le vió sentado entre sus Doctores canonistas, admiró su celo cuando nombrándole su rector en 1763, reprime, revestido de este carácter, los escesos de la juventud estudiosa, despertando en ella aquel respeto á que debe hacerse acreedora por su clase. La Casa de Misericordia se congratula todavia al recordar el feliz momento, que en 1764, electo regidor de su Junta Sitiada, le miró en su recinto, llorando la suerte de aquellos desgra-

ciados, que apenas podian alimentarse con los escasos fondos del establecimiento y los pocos recursos que sus manos se afanaban por acumular. Imposible parecia aumentar las rentas, mayor imposibilidad ofrecia darles una seguridad estable y poder por consiguiente abrir las puertas de aquel asilo de piedad á tantos otros infelices que aspiraban á entrar en él. Pero no arredran á Pignatelli las dificultades: cuantos mas obstáculos, mas constancia; mas deseos de superarlos. Conoce á fondo el resultado político, útil y religioso que debe producir, no solamente el engrandecer el Hospicio, sino el proporcionarle la subsistencia de modo que puedan encontrar un abrigo á su miseria innumerables desgraciados, á quiénes privando la suerte, ya de sus padres, ya de que estos les mantengan, tal vez llegáran á ser un dia el ludibrio y la befa de sus semejantes. Con su fecundo ingenio, á pesar de la indigencia en que aquel se encuentra, inventa, combina, calcula y consigue por fin dar cima al proyecto, que él mismo habia ideado, de una plaza de toros, desde el mes de Junio de 1764 hasta el 8 de Setiembre del mismo año, en el que se celebró la primera funcion de esta clase. Con su producto y los de otras, previo el competente permiso de la superioridad, no solo cubre los gastos que se invirtieron en la construccion, si es que proporciona máquinas, ingeniosos artistas y fomentando la industria entre los pobres que el edificio abriga y perfeccionando sus trabajos, la Casa de Misericordia de Zaragoza se convierte bajo su direccion en una fábrica completa de artefactos, de la cual se surten varias clases sociales y hasta la misma marina española.

Tan marcadas pruebas de patriotismo le grangean un lugar muy distinguido en toda la nacion y en las Sociedades Vascongada, Matritense y Aragonesa de Amigos del Pais, que le nombra su censor perpetuo, y en las Academias de S. Fernando y de S. Luis. Carlos III le agracia con el titulo de Caballero pensionado de su Real y distinguida Orden Española en su fundacion y con el de Sumiller de cortina; é informado por el mismo Pignatelli de la ya referida mala direccion de los ingenieros Bellocare, Bicus y Krayenhoff en las obras del Canal, le nombra protector y director de la empresa, separando á la compañía de Badin, aunque le reservó su derecho dejando uno de sus individuos por

tesorero. ¡He aquí el honroso cargo, donde D. Ramon Pignatelli acreditó su inteligencia, su laboriosidad, su constancia y aquella sublimidad de ideas que siempre caracterizaron al genio aragonés del siglo XVIII! Su inteligencia; porque examinados los planes de los citados ingenieros franceses, reconocido y nivelado el terreno, representó lo engañoso y quimérico de su proyecto, cuyo dictamen no pudo menos de aprobar D. Gil Pin á quien la compañía de Badin hizo venir de Francia para reconocerlo; y abandonando totalmente cuanto ésta habia trabajado, dió principio á la construccion de un nuevo plan, en el que no puede ya darse mas tino, mas solidez, mas maestría, mas utilidad, mas hermosura, y que abrazando los dos importantísimos objetos de riego y navegacion, encierra el extraordinariamente ventajoso de la reunion de los dos mares. Laboriosidad; porque nada se ejecutaba sin que él estuviera presente, animando con su ejemplo y con premios á los trabajadores. Constancia; porque otro en su lugar hubiérase arredrado al mirar destruidos y retrasados los trabajos de la grande y singular obra de la presa que construyó en el término de Fontellas, 630 toesas mas arriba de la antigua de Carlos V, por cincuenta y nueve riadas extraordinarias que sobrevinieron en el Ebro desde 1778 en que se empezó hasta el 19 de Agosto de 1790 en que se concluyó: porque solo él hubiera sujetado su rápida corriente á su cauce antiguo en el término de un mes, cuando en Marzo de 1783, saliendo de madre, se abrió paso por el soto llamado de Bervel, destrozando los malecones y la gruesa muralla que á su izquierda se construía. Sublimidad de ideas; porque ¿quién sino Pignatelli reuniria en estas obras la necesidad, la utilidad, la solidez y la elegancia?

El que considere á este genio ocupado en tan singular empresa, juzgará tal vez que solo ella es bastante á absorber toda su atencion; pero como Pignatelli es uno de aquellos hombres en quiénes arde una llama activa y devoradora, que les impele siempre á cosas extraordinarias, como no le imponen las dificultades y como en fin es un verdadero aragonés, nunca olvida aquel pensamiento político á par que piadoso de construir un Hospicio, capaz para cuantos pobres produjese este reino y que contenga todas las oficinas necesarias para las máquinas y demas

útiles que en tan vasto proyecto se promete. Al mismo tiempo, pues, que inmortaliza su nombre en ese Canal, que admira todo inteligente, con su ingenio previsor forma los planes y dá principio á la suntuosa y magnífica Casa de Misericordia en 4 de Enero de 1777; y escitando con su fina política y superiores luces la generosidad de varias personas de condecoracion y en particular la del Illmo. Arzobispo de esta ciudad el Excmo. señor D. Agustin de Lezo y Palomeque, que le entregó para tan laudable objeto un millon, cuatro mil novecientos ochenta y ocho reales vellon, logra dejar concluidas durante su vida las tres cuartas partes del referido hospicio.

Tales son los hechos con que acreditó D. Ramon Pignatelli su patriotismo y su grandeza de alma hasta que la parca inexorable nos privó en 30 de Junio de 1793, á los 59 años de su edad, del hombre que habia nacido exclusivamente para las grandes empresas y para hacer la felicidad de su patria. Si nuestro corazon se estasia en el placer mas puro al describir, aunque rápidamente, las extraordinarias acciones con que señaló su existencia; al recordar su muerte se penetra de un sentimiento profundo é inexplicable. Zaragoza, Aragon, la nacion entera debe llorarla; y para dar una muestra á todo el orbe del aprecio que le merece el verdadero ciudadano, en el centro de la deliciosa playa de Torrero, deberia erigirle una estatua, que á la vez que esos eternos monumentos de sus obras, perpetúe la gloria inmortal de D. Ramon Pignatelli.

T. C. G.

Á SS. MM. DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON, REINA GOBERNADORA, Y SU AUGUSTA HIJA DOÑA ISABEL II REINA DE ESPAÑA.

ODA.

Salve, la Reina del hispano suelo;
Gloria del Aragon, que en vos adora
De las artes la sabia protectora,
Y de la patria el maternal consuelo:
Salduba en sus anales
Consignará este honor; que si valiente
Con sus hijos leales
Antes perecerá, que vuestra frente
No adorne esa corona,

Tambien de agradecida al fin blasona.

¿Sois vos el iris que la paz ostenta
En la eterea mansion despues del trueno,
Ó Palas bella, que el humano seno
Con su presencia encantadora alienta?
Porque si antes de veros
El valor que los pechos poseia,
Solo por defenderos,
Sin duda riesgos mil arrostraria;
Invicto escudo ahora
Tendreis en cada aragonés, Señora.

Venus, Minerva y Palas en vos veo;
Pues de amor encendeis los corazones,
Alentais en la guerra a los varones
Y á España transformais en ateneo.
¡Ah! No en valde temblaron
La estúpida ignorancia y fanatismo
Y súbitas marcharon
Á esconderse en el centro del abismo,
Cuando por vez primera
El nombre vuestro resonó en la esfera.

Nombre de bendicion; nombre que unido
De Isabel y libertad al eco santo
Iberia ensalza en delicioso canto
Sus males dando a fraternal olvido:
Los males ya sin cuento,
Que un imbécil traidor cuanto tirano
Consumó ciento a ciento
Del cantabro al estrecho gaditano;
Su natalicia tierra
Yermando al grito de nefanda guerra.

Mas la aurora de paz ya refulgente
Nos muestra su esplendor; tal vez el dia
Tambien se acerca en que discordia impia
Huya del suelo patrio eternamente.
Vos, en tanto, modelo
De ciencias, y de amor y virtud pura
Duplicareis el celo,
Que entre el confuso horror de lid tan dura
Habeis ya desplegado,
Y España ensalzará vuestro reinado:

Bendecirá la mano peregrina
Que rompió bondadosa sus cadenas;
Que trocar en placer crueles penas
Solo fue dado á la sin par Cristina,
Á quien madre proclaman
Unánimes las ciencias y las artes;
Y cuyo nombre aclaman
Con armónico orgullo en todas partes
Pulsando el plectro de oro
Las bellas ninfas del castalio coro.

Y vos, niña Isabel, rosa en capullo
Que crece y que despliega su hermosura
De santa libertad al aura pura
Y de amor maternal al tierno arrullo;
Seguid el sabio ejemplo
De esa madre de España tan querida;
Y de Minerva al templo
Impulsad á la patria prometida
Cuando en su trono os vea;
Si quereis que feliz por siempre sea.

T. C. G.

Laura y Petrarca.

Novela histórica.

I.



O queremos presentar al amor con aquellos negros colores con que ordinariamente nos le pintan, cercado por do quiera de precipicios, como origen funesto de desgracias y cual causa radical de la desventura y ruina de los mortales: ni tampoco lo consideramos como un vano entretenimiento, como un juguete. Lo primero es propio de espíritus severos é intolerantes, y lo segundo de almas vulgares y vacías de ilusiones. Es preciso distinguir entre el amor, pasión brutal y desenfrenada, indigna de aquel nombre, y entre el amor, afecto tierno y puro, destello, digámoslo así, del sentimiento de los espíritus celestiales, cuyo magico poder forma del mundo un paraíso y diviniza a los hombres. Sobrados cuadros estamos viendo todos los dias de debildades y miserias ocasionadas por el desarreglo de la pasión ó por los pueriles caprichos del amor. ¿Desdeñará acaso la sociedad presente, no obstante el materialismo de que se le tacha, ver retratos sublimes en lugar de esos menguados con que la escarneren, y que le pongan a la vista, en vez de los desvarios del amor frenético, los maravillosos efectos de un amor honesto, dulce, misterioso y celestial? Pensar de este modo sería una injusticia, sería creer que la generacion actual era la mas infeliz de todas las generaciones, que el amor era una palabra fantástica, y que ya no habia entusiasmo, ni ilusion, ni felicidad. Mas dejando inútiles cuestiones, vamos á presentar á nuestros lectores un ejemplo del amor puro que acabamos de indicar, cuya pintura sino es bella, lleva al menos consigo el sello de la verdad histórica.

Por los años de 1327 vivian dos seres los mas venturosos que ha habido jamás sobre la tierra: el amor causó su felicidad, pero un amor desnudo de toda afecion terrena, hermoso, sublime, divino; casto pero ferviente, y el mas perfecto que se han tenido los hombres; perdonen Abelardo y Eloisa. Aquellos dos seres no eran mortales, eran dos angeles enviados al mundo para mostrar el medio de hacer dulce la senda del vivir, convirtiendo en flores las espinas de que esta sembrada. Mancebo el uno el mas gallardo que produjo la Italia y de cuyo seno fue lanzado por la discordia civil poco despues de nacer, juntamente con sus padres, pasaba sus verdes años en el destierro, habitando las amenas campiñas que riega el Sorga y á las que prestan los Alpes agradable sombra en deliciosas mañanas. Cual otro Orfeo hacia resonar las modulaciones de sus cantares por los pueblos y vergeles de la Provenza, y los trovadores de este pais de la poesia enmudecieron al seductor encanto y dulzura de las amorosas trovas del nuevo poeta. Sin embargo el dolor ahogaba los acentos de este cantor divino, y su voz aunque capaz de quebrantar las peñas y detener el curso de los rios, era la voz de la amargura, las cántigas de un desterrado. Tal vez habiendo principiado á entonar las glorias del amor que solamente existia en su ilusion, el triste recuerdo de una patria querida que habia perdido casi antes de conocerla bañaba en lágrimas su rostro, y dominado de un mortal abatimiento la lira se le caía de las manos. ¿Cómo habia de cantar en tierra ajena? Para aumentar sus dolores parece que la enemiga fortuna se habia declarado contra él apenas entró en los dias mas placenteros de la juventud. Veinte y tres años contaba cuando fue sumergido en la horfandad. Mas sin embargo de los pesares que le afligian y de ha-

II.

ber probado este jóven todo el rigor del contrario destino, no por eso era infeliz: su corazón estaba inocente como el de un niño, el candor de su alma era el de los ángeles, de nada le arguía la conciencia: por consiguiente podía llamarse dichoso. La exquisita sensibilidad y escelencia de ingenio con que el cielo le había dotado contribuían en gran parte a aumentar sus penas, haciéndole conocer demasiado su situación: mas la melancolía que le afligiera, como nacida de un pecho sin mancilla, era dulce y llena de esperanzas de consuelo. Tal vez se agitaba con mayores ansias que de ordinario, como pidiendo alguna cosa que le faltaba para ser feliz cumplidamente. Ni el destierro, ni la horfandad, ni los mas duros golpes de la fortuna hubieran sido capaces por sí solos de comover con tanta vehemencia a nuestro jóven. Aquejábale otra pena mucho mas cruel, otro dolor mas intenso. Sus ojos vivaces, la color encendida del semblante, daban a entender que abrigaba oculta una llama que devoraba su existencia, y que para templar sus rigores iba buscando algún objeto donde cebarse y estender su actividad. En vano le brindaba el mundo con sus riquezas y honores, y la soberbia corte de Aviñon con sus placeres y delicias. El Papa que había fijado la silla pontifical en aquella ciudad, y que era decidido protector de los sabios llamó a su lado al divino mancebo que ya había llenado la corte con la fama de su ingenio sobrenatural. La pompa humana hizo alarde ante su presencia y le convidó con todo el brillo de su gloria; pero no podía deslumbrarse con aparentes oropeles porque la gloria que él ambicionaba era mas pura y mas alta, aunque sin tanto fausto ni aparato. La belleza de su carácter se grangeó muy presto las voluntades de los cortesanos y se honraban con su amistad personajes de la mas elevada nobleza, entre los cuales el jóven poeta no podía encontrar la satisfaccion y desahogo que anhelaba su magnánimo corazón. Así que, insensiblemente volvía a su ansiedad, y la distraccion se dejaba notar con frecuencia en su semblante. Un día que se encontraba solo en compañía de M... Colonna que le trataba con mas intimidad y franqueza, advirtiéndole éste como abismado en sus meditaciones le preguntó ¿qué le faltaba que tan triste parecia estar? y volviendo del enagenamiento arrancó involuntariamente un suspiro, y continuó: «soñaba en una dicha que no poseo y que está reservada para mí; en una muger, ó genio divino que debe calmar con cariñosa mano esta agitacion que me sobresalta, y esparcir blando rocío en esta hoguera estéril que alimento en mi pecho; muger que amo sin haberla visto, y ella me ama tambien».... Una lijera lágrima brilló en sus mejillas, avergonzado de haber proferido estas palabras y revelado el secreto de su corazón.

Para dar pábulo a sus pensamientos y sosegar en algún modo las congojas interiores se encaminaba a menudo el enamorado jóven al sagrado de la soledad, en la que experimentaba notable consuelo comunicando sus penas a los floridos vergeles del Sorga que respondian compasivos a su acento. Abandonando por fin una corte corrompida donde estaba entronizada la mentira, el favor, la simonía y otros vicios de esta especie, y temeroso de que la adulacion contaminase aquella alma tan candorosa, se retiró a un frondoso valle que por lo escondido y cerrado en todas direcciones de suaves colinas se denominó Valclusa, en cuyo sitio poseía algunos campos que había heredado de sus padres. Entregado totalmente a la poesia y demas estudios del espíritu, comenzó a experimentar aquel solaz y holganza de corazón, señal nada equívoca de que allí estaba la felicidad que buscaba y que allí iba a encontrar muy presto la muger angelical con quien tantas veces había soñado.

Amaneció el día en que nuestro jóven trovador iba a gustar la primera gota de aquel néctar celestial de que estaba tan sediento; feliz aurora en que se le mostrara no en sueño sino en realidad la muger que cual sombra aérea había cruzado por delante de sus ojos en las noches de soledad y congoja. Era aquel día uno de los floridos de abril, en el cual la piedad cristiana celebraba los misterios de la muerte y pasion del que rompiendo las cadenas de los hombres trajo al mundo la libertad. El enamorado jóven iba aquel mismo día a perder la suya y a sujetar su aivedrio con fuertes lazos, pero lazos de flores; esclavitud mas dulce todavía que la hechicera libertad, la esclavitud del amor.

La ciudad de Aviñon estaba sepultada en el mas profundo silencio, no interrumpido ni aun por el sonido de las campanas, las cuales habían enmudecido en muestras del general luto de aquel día en toda la cristiandad llorosa por la muerte de su Redentor. Todo respiraba devocion. Veíanse las calles pobladas de inmenso gentío que se dirigía a los sagrados templos a rendir al eterno Sér el tributo de sus corazones. El jóven de quien vamos hablando se hallaba por entonces en Aviñon, adonde había concurrido con motivo de las solemnidades de semana santa; y aquel día, que era viénes, asistía a la funcion en la iglesia de Santa Clara. Ya hacía rato que nuestro mancebo estaba prosternado en el templo del Señor, absorto en profundas meditaciones y gustando su alma la uncion balsámica en que se bañaba al percibir los écos melodiosos de los lúgubres cánticos que resonaban bajo las elevadas bóvedas. La dulzura que experimentara le trajo a la imaginacion aquellos deliciosos ensueños de amor que estasiaron su alma en la soledad: mas el corazón no era bastante fuerte para resistir a tan vivas sensaciones, ni tan grande que pudiese contener en sí el cúmulo de diversos afectos que le asaltaron. Rendido en fuerza de la agitacion y exceso de placer que gustaba, cayó en cierta especie de desmayo que le obligó a reclinarse sobre una de las esbeltas columnas que sostenían el templo. Sobreviniéndole inmediatamente un ligero sueño, sintióse arrobado con inefable suavidad a unas regiones desconocidas adonde subía el incienso que en la iglesia se ofreciera; y entre las nubes que formaba, vió una virgen cubierta magestuosamente con un delicado y trasparente cendal; por él se descubria un rostro divino, blanco como la azucena, y unos ojos brillantes como la estrella matutina, y serenos como la sonrisa de la aurora; una rica madeja de oro finísimo caía en dos ondas sobre su blanco pecho en torno del cual revolaban varios génios alados, y la cantaban dulcísimas canciones llamandola reina de la hermosura. Esta virgen era modesta como la flor entreabierto al primer aliento del céfiro, y con vista amorosa miraba al mancebo cual si le llamase a reposar su fatigada frente en aquel seno delicioso. El pecho del jóven se iba inflamando por momentos, queria postrarse para adorar a esta belleza celestial; y al ir a verificarlo, un ligero estremecimiento le despertó de su sueño, abre los ojos, y se encuentra en el templo que temblaba apaciblemente con las vibraciones sonoras de la música religiosa. Mas la vision no había desaparecido. Vuelve el mancebo la vista, y vé a su lado derecho una virgen lo mismo que la anterior, hermosa como ella, modesta y amorosa como ella: era una tierna planta, una temprana flor, una virgen que rayaba en los catorce abriles; pero gentil y esbelta como la azucena reina del vergel. El jóven se acerca, aunque con timidez, a asegurarse de la realidad de lo que esta viendo; la candorosa doncella lo advierte, y descuidada y sencilla vuelve la cabeza y sus ojos se encuentran con los del enamorado doncel que la mira cual águila que se detiene sin vacilar fijando de hito en hito la vista en los

rayos del sol. Largo rato estuvieron contemplándose mutuamente, hasta que una leve sonrisa asomó en los labios de la tierna vírgen, y se descubrió por el blanco velo el rubor que comenzó a bañar sus mejillas. Bajó modestamente sus ojos, y los bajó al mismo tiempo el mancebo: ambos corazones palpitaron: se habían comprendido: eran el templo de amor y aquella iglesia el cielo!!!

III.

Distante media legua de Valclusa habia un sitio muy delicioso, llamado Cabrieres a orillas del cristalino Sorga, cuyo señor tenia una hija que era el encanto y gala de aquellos vergeles: el corazón de esta niña estaba aun puro é inocente; el mundo no habia enpañado aquel candor vaginal con su halito ponzoñoso. Pasaba la vida entre las delicias y sencillos placeres en el seno de sus padres: alguna vez suspiraba pidiendo amor, y quizá al hallarse sola las lágrimas bañaron sus mejillas: los hombres no la vieron en esta ocasión, porque nadie era digno de ver tanta hermosura; en aquellos momentos era un ángel.

La belleza de la tierna hija del señor de Cabrieres era ya célebre por aquel territorio, y su fama escitó la curiosidad del mancebo trovador. Algunos meses pasaron desde que regresó a su amable mansion de Valclusa, donde continuaba consagrado al retiro y alimentando el espíritu con el continuo recuerdo de la agradable vision con que fue recreado en la iglesia de Santa Clara. Desde aquel momento su ingenio se habia divinizado, y los cantares que entonara no eran ya languidos como los que cantó en su desamparo, sino que iban animados de un fuego sobrehumano, celestial, incomprendible; pues el amor eleva el espíritu y causa efectos maravillosos. Sin embargo la duda vino a turbar su corazón; y despues de haber casi agotado la rica vena del ingenio cantando al amor y a su amada, presentandola en sus acentos bajo mil emblemáticas figuras, ora bajo el símbolo de una cierva, á veces descansada y dorada en un bosque de laureles, ó bajo otras graciosas alegorias; al fin se le acibaraba el contento con la triste reflexion de si habria comprendido su pena cuando ambos se miraron en el templo; y esta se aumentaba considerando la dificultad de poder asegurarse de ello, pues que ya no habia vuelto á ver más á la muger que en tal extremo habia herido su corazón.

Aquejado se hallaba con semejantes dudas en una tarde calurosa de estío, cuando le ocurrió salir de su albeigie con animo de pasear por la ribera del Sorga, á la que dan sombra los copudos arboles que se retratan en los cristales. Caminaba pensativo, revolviendo muchas cosas consigo mismo y batallando con la incertidumbre que le afligía. ¿Si será esa hermosa doncella, de quien tantas maravillas cuentan por este territorio, la que está reservada para mí? ¿Si será la misma que con tanto cariño me miró en la iglesia de Santa Clara? ¿Si comprendería lo que mi pecho la dijo en aquella ocasión? ¡Dichoso yo, si ella hubiera penetrado mi dolor, si la encontrase en estos bosques y pudiera oír de su boca el delicioso acento del amor! Una rafaga consoladora de esperanza brilló en la faz del mancebo. Apresura sus pasos á impulso del amoroso anhelo que le conduce al seno de la felicidad, cuando habiéndose introducido en una verde espesura, se sobresalta cual incauto niño que siente cruzar por sus pies alguna reptil que salió del zarzal, parase repentinamente entre tímido y avergonzado.... Respetemos el sagrado del amor, y que no profané nuestra planta su recinto misterioso.

Bañándose está una vírgen en un cristalino estanque, sobre el cual se enroscan llorosos sauces y flores de infinita variedad. En medio descuella un verde laurel, en cuyo liso tronco apoya los delicados miembros

la hermosa doncella. Con admirable gala y decoro ocultan parte de su blanco cuerpo las ramas de laureles y arrayanes; las espaldas y el seno delicioso se ven cobijados por el rubio cabello que mueve á las veces el suave aliento del céfiro, y se descubre aquel asilo donde el amor descansa en blando lecho. Como corona de esta singular hermosura, cae una lluvia de jazmines sobre el rico tesoro, y véase las perlas orientales engastadas en el oro precioso de los cabellos. Tal vez una flor se alza gallarda sobre las otras, y meciéndose blandamente, parece estar anunciando que allí fijó el amor su trono y poderío. Modesta la vírgen en medio de tanta gloria, está descuidada divirtiéndose en coger las pintadas mariposas que van pisando por delante de su rostro como para rendir homenaje á su belleza; cuando prorrumpe en un ay repentino de sobresalto, y comienza á toda prisa á turbar el agua y á esparcirla á los ojos de un mancebo que osara penetrar en aquel sitio. = Cesad, exclamó éste suspirando, serenad vuestro animo; no vengo aquí como enemigo; aunque es grande mi atrevimiento, perdonad, que ninguna intencion siniestra me ha traído á este parage que yo respeto como respeto vuestra virtud. = Apartad, mancebo, no turbeis la calma que yo gozaba en este retiro, huid de aquí. = No me apartaré hasta que oiga de vuestros labios el acento delicioso que ponga fin á mis dudas, y me restituya el sosiego que vuestra presencia há tiempo me robó.... En esto la vírgen alza la vista, y reparando en los ojos del mancebo brillantes y animados á la par que modestos, sintió en su pecho un ligero movimiento de amorosa piedad producida de un tierno recuerdo. = ¡Huir me mandáis, continuó el triste jóven, yo que os llevo de continuo en el corazón donde os he erigido un altar que humea siempre con el incienso de mi amor, yo que he cantado vuestras perfecciones haciendo resonar estos vergeles con mis trovas amorosas; que os he consagrado los momentos de mi vida, y despreciando honores y riquezas empleo todo mi anhelo para que el mundo entero os adore y se postre á vuestros pies!!! = ¡Callad por Dios! = Yo miré vuestro rostro y me estabais al contemplar tanta hermosura; mas no fué ella la que me rindió: yo advertí oculta bajo esa belleza otra cosa mas bella todavía, una alma superior á la de las otras mugeres, una alma angelical. Vos tambien me mirasteis y desde entonces comencé á ser feliz; ¡yo os adoré! Decid si me engañasteis, decid si es cierto que me amais, y seré el mas venturoso de los hombres; mas sino habeis correspondido á mi amorosa llama, sino logro ser dueño de vuestro corazón, no por eso dejaré de amaros, que hasta en vuestro desvío encontraré la felicidad. = Yo no sé lo que es amar: si la fuerza secreta, irresistible que hacia vos me lleva se llama amor; si, mancebo, yo os amo; estad tranquilo.... Y callaron, y el mancebo se inclinó para adorar á aquella vírgen celestial; ambos lloraron de ternura....

La posteridad venera á estos dos amantes á quienes su honesta y ardiente pasion hizo inmortales, siendo conocidos con los nombres de Laura y Petrarca. Aquella necesitaba del ingenio y amor de éste para ser acatada en los siglos venideros como la diosa del amor puro y cual reina de la hermosura; y Petrarca no sería el príncipe de los poetas modernos sin la hermosura y amor de Laura.

V. V.

HISTORIA NATURAL.

LA CABRA DE ALMIZCLE.

COMO no sea nuestro ánimo al hablar de este ru-

miente ocuparnos de las diferentes especies que hasta el día son del mismo conocidas, pasaremos desde luego y con la posible exactitud a dar a nuestros lectores una idea sucinta del que con el nombre de Cibra de Almizcle es conocido por la mayor parte de los naturalistas. Esta que habita las montañas de Tibet de la China y de Toauquin, es de la magnitud y forma de la corza de Europa, si bien difiere de la última en lo grueso de su pelo que es duro y quebradizo, y en la salida que sus caninos superiores forman fuera de su boca. La figura de este animal es graciosa, siendo su longitud 2 pies, 7 pulgadas y 6 líneas; y su altura 23 pulgadas y 4 líneas en el cuarto trasero, y 22 y 2 líneas en el delantero: es extraordinaria su ligereza en la carrera, así como la prontitud en todos sus movimientos; tiene las piernas traseras considerablemente más gruesas y largas que las delanteras, los ojos son grandes á proporción del cuerpo, como igualmente las orejas. El pelo de su frente es negro, menos en el centro donde sobresale una mancha blanca, siendo el resto de toda la cabeza de un gris de pizarra á causa de estar mezclado el pelo de negro y blanco.

Muchos otros datos pudiéramos presentar en este artículo acerca de la naturaleza y demás circunstancias de la cabra de Almizcle, pero no llamando la atención ninguno de ellos, nos limitaremos á concluir exponiendo el motivo que ocasiona la continua caza que se hace de estos animales, que no es otro que el de obtener la sustancia crasa y olorosa, que con el nombre de Almizcle se forma en una pequeña bolsa colocada debajo de su vientre en la region umbelical. De esta clase de perfume, el más apreciado es el que dejan sobre las piedras contra las que se frotan para desembarazarse de él, cuando por ser demasiado irritante á causa de la abundancia, les molesta por la extraordinaria picazon que les ocasiona.

Los Chinos que son los únicos que proporcionan al comercio europeo este género, le adulteran mezclándole con sangre y hasta con plomo pulverizado; así es que dice Bufon, que entre nosotros la materia pura del almizcle es acaso enteramente desconocida, citando para comprobar esto mismo entre muchos viajeros y naturalistas que han descrito los medios de que se valen para falsificarlo, á Tabernier que en solo un año compró 1673 vejigas ó bolsas, que suponen otros tantos animales á quienes se les habian quitado; cosa que como dice muy bien el mismo Bufon, es de todo punto inverosímil; pues no siendo doméstico este animal, y hallándose su especie confinada como hemos indicado á ciertas provincias de Oriente, no es posible creerla tan numerosa, ni es dudable que las supuestas vejigas sean hechas de piel de este animal y llenas de alguna de las sustancias de que se valen para la falsificación del almizcle con alguna pequeña porción de este mismo género.

Es finalmente la fragancia del almizcle, la más penetrante y tal vez duradera de cuantas se conocen, pues basta una pequeña dosis para perfumar una gran cantidad de materia, y á hacer que su olor no se desvirtúe ni pierda apenas en lo más mínimo de su actividad aun después del transcurso de muchos años.

A. B.

Invencion de la Imprenta.



QUÉ invento de todos cuantos hasta en el día se hallan marcados iguala al de la imprenta! Este es el más bello, útil y necesario de todos. A él se debe sin duda alguna la propagacion de las luces, los conoci-

mientos históricos, el amor de emitir á la posteridad sus pensamientos, los que para bien de los demás hombres nacen. Esta es el órgano de todos gobiernos, sectas y repúblicas. Podrian bailarse á la altura que hoy día se encuentran las ciencias y artes á no ser por la imprenta? Sabido es que con lo anterior se aprende; por consiguiente de ningún modo hubiéramos sabido los presentes las más ligeras ideas de nuestros antepasados. Quizá se me objetará que á no haberse conocido la imprenta, los mismos conocimientos que á ella debemos los sabríamos por manuscritos; pero esta objecion es de escaso criterio, pues caduca con sola una demostracion. La divina ciencia de anotar lo presente para lo futuro, la historia, cuyas más insignificantes páginas la rebaten más y más, tiene en sí un lustre no perecedero, el magnífico esmalte que á todos ofrece para el convencimiento de su oposicion. Es indudable que á tener que escribirla y darla asimismo escrita á la posteridad, prescindiendo de lo casi imposible de ello, no la tendríamos tan perfecta, pues sabido es que tanto los ahorros de trabajo, de dinero y demás que la imprenta con ventajas proporciona como la conservacion de ellos, ha hecho á sabios escritores dejar las noticias que con placer admiramos.

Nadie duda que la imprenta se inventó á mediados del siglo décimoquinto, es la invencion que hace honor á él, no tanto por sí misma, como por brillar más en medio de un siglo en que por desgracia los conocimientos é ilustracion tan escondidos estaban. Algunos atribuyen la cuna del invento á Grecia é Italia, pero los que tal dicen como que partea del principio estando estas dos naciones más adelantadas por aquella época en las artes y letras, allí debía tener su origen, caminan á mi modo de ver por una consecuencia errónea sacada de premisas ajenas de tal argumento.

Otros también creen que se conoció antes de este tiempo en la China, y por consiguiente que su invencion data más antigüedad; pero como quiera que sea no nos presentan pruebas que garanticen la verdad de su aserto. Finalmente, todos los autores de más nota y fijeza sobre la materia han hablado convienen unánimemente y aseguran haberse descubierto en la época fijada del siglo XV.

A Juan Gutemberg natural de Maguncia y residente en Strasburgo, es á quien se le entrega el laurel de inventor. Sus primeras pruebas fueron pesadísimas é indispensables como debía suceder en un arte tan dificultoso y en el que se daban los primeros pasos. No discurrió hacer los caracteres del alfabeto sueltos ó desunidos para que estos si viesan en diferentes ocasiones segun se tuvieran que emplear. La primera prueba de su invento se nota con variedad. Unos afirman ser el *Catholicon Juan de Sena* que era una especie de vocabulario latino; otros aseguran que á esta publicacion precedieron un alfabeto, una gramática y otras obritas de menor interes. Hacia el año de 1450 se dió á luz la *Biblia Maguntina*, poniéndola este epíteto tan solo por envolver en el Maguncia la gloria de ser el suelo que produjo á Juan Gutemberg.

Feijó dice conservarse en la casa de la villa el libro titulado *Speculum humanæ salutis*, y el cual está depositado en un magnífico cofre de plata, teniendo las llaves de él repartidas entre varios magistrados. El mismo designa como inventor á Gutemberg.

Los holandeses quieren también para sí la gloria de invencion, pues suponen autor á Lorenzo Cóster vecino de Harlem. Pero casi conceden aunque con rodeos, el privilegio á Maguncia. Segun su tradicion Juan Fausto criado de Cóster le hurtó en una noche de Navidad todos los caracteres y escapóse á Maguncia aprovechándose del robo bien á su sabor y en descrédito de Cóster y su patria.

A poco tiempo de la invencion adquirió miles de perfecciones. El mismo Gutemberg fabricó las letras sueltas, y después Pedro Schoeffer abrió matrices y por medio de la fundicion la simplificó muchísimo.

Estas son las noticias relativas al grande invento, y aun cuando se la disputen entre sí la China, Alemania y Holanda, todos al menos convienen que fuese donde quiera se

descubrió desde el año 1400 al 1450, de cuyos años ni años ni otros pasan.

Loor eterno al sublime arte que nos ha proporcionado la cultura y civilización en que nos hallamos! Loor que tiene que dar á él todo hombre que ame su gloria y la de sus semejantes.

J. M. C. y M.

A mi amigo D. Ignacio Inza, por los cuadros que presentó en la primera Exposición del Liceo.

SONETO.

Mostró la faz el genio portentoso
De esperanza y de fuego iluminado;
Y hacia el seno del cóncavo azulado
Su entusiasmo le arrastra presturoso.
Teged coronas de laurel pomposo
Y su frente ceñid: de gloria orlado
Imitar le vereis el cuadro osado,
Que á Miguel en la Historia hizo famoso.
El genio que brilló tan peregrino
Postrando el mundo con su ardiente vista,
Trazará de la gloria el gran camino:
Y roto el dique que su ardor conquista,
El triunfo del pincel será divino,
Cuanto es grande el talento del Artista.

F. S.

FLORESA.

Teatro en A'agon. En los días 7, 8, y 14 del corriente, se ejecutó en dicha villa por varios aficionados la ópera del *Barbero de Sevilla*, de cuyos primeros ensayos dimos cuenta a nuestros lectores. El éxito ha sido felicísimo. El Sr. Ojeda á ruego de algunos espectadores cantó unas andaluzas después de concluida la función.

El 13 otra compañía de aficionados ejecutó en el mismo pueblo la comedia del Sr. Breton: *A Madrid me vuelvo*; que fué asimismo aplaudida con entusiasmo.

Tenemos entendido que se está disponiendo un acto solemne de separación en honor de uno de los hombres que mas lustre dieron á las musas españolas. Noticiosos los señores D. Joaquin Marraci y Soto, D. Francisco Perez y D. Antonio Iza Zanicola, del estado ruinoso de la iglesia del Salvador, donde yacen los preciosos restos de D. Pedro Calderon de la Barca, pidieron á la archidiócesis sacramental de S. Nicolas, y les ha sido concedido, permiso para trasladar las cenizas del príncipe de nuestros poetas cómicos á un panteon de la suntuosa bóveda que la citada hermandad posee en su cementerio extramuros de la puerta de Atocha. Dos siglos han transcurrido desde la muerte del eminente poeta, y dos siglos han permanecido sepultados tan venerandos restos en un oscuro rincón de la iglesia del Salvador, con mezquindad, sin decoro alguno y espuesto á desaparecer con el edificio si llegase á demolerse por su ruinoso estado, como sucedió con los del gran Cervantes en el decruido de las antiguas trinitarias.

Mas que con ojos con mano, decía un jóven poeta que era preciso buscar la lapida del sepulcro de Calde-

ron, y sin embargo hasta ahora solamente alguna que otra voz amiga, pero impotente, ha clamado contra el olvido en que yacia el genio acatado por nuestros mayores; admirado y estudiado por los extranjeros. Envidiamos el feliz pensamiento de los señores Marraci, Perez é Iza Zanicola, que tanto honor les hace, y esperamos que las autoridades, los amantes de las letras, y sobre todo los cuerpos literarios contribuyan en cuanto esté de su parte á engrandecer este acto solemne de justicia que tanto honrará á la nación y á los que en el día siguen la espinosa carrera de las letras.

El Corresponsal.

ANÉCDOTAS.

Un viejo decía que las cosas que se le habian acrecentado con la edad eran tres; ver mas, poder mas, y mandar mas: ver mas, porque con la debilidad de la vista cada cosa le parecia dos; poder mas porque cuando se apeaba de la mula, se llevaba la silla en pos de si; y mandar mas, porque mandaba diez veces una cosa, y no la hacian ninguna.

Un caballero tenia en su casa á un loco, al cual le dijo un camarero de aquel que se guardase de si porque le habia de matar. El loco fué al amo y le dijo: vuestro camarero me quiere matar y es preciso que me protejais contra él. No te dé cuidado, respondió el caballero; si él te matare, yo le mandaré ahorcar. El loco replicó: no quiero sino que le ahorqueis un día antes que me mate.

Estando la corte en un pueblecillo de provincia, pasó un labrador por donde estaban dos caballeros: dando muy recios palos á su asno. Dijéronle los caballeros: no maltrateis tanto al pobre animal; á lo cual, quitándose el labrador el sombrero, contestó perdonad, señor asno; que no pensé que tuvierais valedores en la corte.

Preguntó uno a otro que habia estado en un banquete el día de S. Juan, ¿qué tal habia sido? y respondió: todo nos lo dieron frio, salvo el vino que estaba caliente.

Un jóven que era muy necio, andaba muy solícito en busca de un traje de camino: supo que un amigo suyo lo tenia, y después de haberle importunado mucho para que se lo prestase, fué respondido que antes le prestaría una albarda con todos sus aparejos. A esta respuesta, dijo otro que se hallaba presente; ese traje no le quiere ahora el señor, porque le conviene ir de incógnito esta jornada.

Preguntó uno a un albardero, si era su oficio de mucha ganancia; y contestó: si todos los asnos llevasen albarda, chorrara yo mas de doscientos ducados al año.

Preguntó un caballero á uno que venia de la plaza ¿qué se decía allá de él? Respondiéndole que ni se hablaba bien ni mal, mandóle dar de palos; y después, poniéndole cien ducados en la mano, le dijo: ahora podreis decir mal y bien.

Viendo un hidrópico que no le daban de beber, preguntó al médico: ¿cuanto podré vivir? Diciéndole que dos horas, replicó el enfermo: pues dadmetas de agua.

Encontró un aguacil de noche á un sujeto que venia muy embozado, y preguntó: ¿qué armas llevais? Un puñal, respondió el embozado. Desembózole el alguacil, y hirió que lo que traía era un jarro de vino. Bebóse-selo todo, y volviéndole el jarro vacío, le dijo: tomad; yo os hago merced de la vaina.

E. R.—A. U. Roquer.

Zaragoza. Imprenta de Peiro.—Coso núm. 116.